

Manos Unidas

Años atrás, estas fechas eran de gran trajín en casa. Carmen, con sus amigas y compañeras, convertía el laboratorio en el estado mayor de la Campaña contra el Hambre y gracias a su extraordinaria capacidad de trabajo e innata alegría, derrochaba ilusión y actividad, sin desatender ni una sola de sus obligaciones profesionales y familiares.

Su recuerdo, siempre presente en casa como un faro que nos guía, me obliga a participar en esta Campaña que va calando lenta y progresivamente en la conciencia isleña.

Países pobres los ha habido siempre, pero antes eran lejanos y desconocidos. Hoy los tenemos cerca y los conocemos gracias a los medios de comunicación e información; y hay que tener el corazón muy duro para no estremecerse ante esta realidad que olemos, oímos, vemos y casi tocamos.

Además, antes había aquí muchas necesidades sin cubrir. Hoy también las hay, pero menos, muchas menos, y por tanto es justo que, si sentimos algo de amor al prójimo, nos acordemos del Tercer Mundo.

Los pobres de Africa son, por lo menos, igual de indigentes que ayer, si no más, mientras que aquí se disfruta un bienestar incomparablemente superior al de la generación anterior, por lo tanto, la diferencia entre ellos y nosotros se ha multiplicado y este diferencial creciente obliga mucho más, en general, a la conciencia moral de Occidente, desgraciadamente aletargada.

En contraste, Raimon Panikar, a su regreso de Moscú, donde ha participado en el «Global Forum of Spiritual and Parliamentary Leaders on Human Survival» junto con científicos y líderes religiosos de 83 países y al que asistieron Mijail y Raisa Gorbachev, dice que toda Rusia está obsesionada por el problema religioso. Coincidiendo con esta apreciación, Yakovlev, ideólogo de la perestroika, ha escrito el libro «Realismo, tierra y perestroika», que es un auténtico manifiesto político, y al tratar de la renovación espiritual elogia a los Dujabory, del tiempo de los zares, por su capacidad de trabajo y de caridad y por sus dotes para sobreponerse a las dificultades en las condiciones más adversas y entenderse con los vecinos, sin olvidar por ello la alta exigencia y estima que se tenían a sí mismos.

Derribados allí los ídolos de arcilla, podría llegar del Este el viento necesario para acabar en nuestra sociedad con el mito del dinero como valor supremo y con un humanismo limitado por un productivismo incontrolado guiado sólo por el interés nacional o por el consumismo privado. Entonces podría iniciarse, de verdad, el diálogo Norte-Sur y demostrar, con algo más que palabras, la solidaridad entre los estados ricos y pobres.

Pablo VI ya dijo en 1967 que «los pueblos hambrientos interpelan hoy, con acento dramático, a los pueblos opulentos», pero ha sido Juan Pablo II, líder espiritual del mundo de hoy, quien, con sus viajes a las regiones más miserables, ha evidenciado el egoísmo de los pueblos ricos.

Acaba de regresar de Cabo Verde, Guinea Bissau, Malí, Chad y Burkina Faso, en el Sahel africano, la región semidesértica más pobre del planeta en la

que los cristianos son una insignificante minoría y, sin embargo, ha sido aclamado por masas que le pedían fuese mensajero de su sed, de su hambre, de su indigencia, de sus enfermedades. El Papa, después de proclamar que «los pilares de cualquier modelo verdaderamente humano de sociedad siguen siendo: la verdad, la libertad, la justicia, el amor, la responsabilidad, la solidaridad y la paz», se despidió de aquellos países con estas palabras: «De nuevo debo lanzar un solemne llamamiento a la humanidad en nombre de la propia humanidad. En tierras de Africa, millones de hombres, mujeres y niños corren el peligro de no poder gozar nunca de buena salud, de no llegar a vivir nunca dignamente del trabajo, de no recibir nunca la formación que abriría su mente, de ver su ambiente inmediato convertido en hostil y estéril, de perder la riqueza de su patrimonio ancestral y de verse privados a la vez de las aportaciones positivas de la ciencia y de la técnica. En nombre de la justicia, el Obispo de Roma, el sucesor de Pedro, suplica a sus hermanos y hermanas de la humanidad que no desprecien a los hambrientos de este continente, que no se les niegue su derecho universal a la dignidad humana y a la seguridad de la vida».

Mientras los grandes de la política y la economía permanecen mudos ante este llamamiento incitando el diálogo Norte-Sur y a la solución, mediante la solidaridad, de tan flagrante injusticia, los ciudadanos de a pie debemos movernos para aportar nuestro grano de arena, aunque la frase resulte un contrasentido porque lo que más tienen estos países es arena. Donde no alcance la justicia llegue por lo menos la caridad, aunque sea palabra pasada de moda.

Es lo que nos propone Manos Unidas, organización no gubernamental de Menorca empeñada en financiar tres proyectos de ayuda: construcción de un pozo y compra de una bomba sumergible para disponer de agua potable en Kancheepuram (India), construcción de tres miniresidencias para jóvenes de ambos sexos en busca de su primer trabajo en Cochabamba (Bolivia) y limpieza y adecuación de un canal para suministro de agua en Basupu (Guinea Ecuatorial).

El año pasado recaudó esta Campaña más de diez millones de pesetas, cifra importante pero insuficiente para cubrir los objetivos de este año. No obstante, hay confianza en Manos Unidas de que los proyectos serán realizados gracias a un mayor esfuerzo de todos los participantes y a la concienciación de nuevos colaboradores.

Las colectas de las misas dominicales de hoy y mañana se dedicarán a este fin y además pueden entregarse donativos en todas las iglesias, en el buzón de Maó (calle Bastión 1), en las cuentas corrientes de «Sa Nostra»: Maó 231278-67, Ciutadella 797593-48, Alaior 859853-50 y Ferreries 724869-73; y de «La Caixa»: Maó 37844-67.

Si contribuye, Dios se lo pagará, los pobres se lo agradecerán y sentirá la alegría de haber ayudado a una buena obra.

MATEO SEGUÍ MERCADAL